

Homenaje a Alessandro Baratta Recuerdo de Sandro

Massimo Pavarini

Me resulta difícil “contarles” sobre mi relación con Sandro.

Para hacerlo debería ordenar treinta años de amistad y de compromiso científico conjunto en el tiempo y en el espacio. Y me doy cuenta de que para mí, Sandro, escapa a estas dimensiones. No recuerdo dónde sucedió tal hecho: ¿en Bologna?, ¿en Roma?, ¿en Saarbrücken?, ¿en Barcelona?, ¿en Medellín?, ¿en Buenos Aires?, ¿en Managua?, ¿en La Habana?. Ni cuándo: ¿durante la primera, o tal vez, la segunda investigación del CNR? ¿en las discusiones en el interior del comité científico de “Citta Sicure”? ¿o cuando con los amigos Luck y Emilio se proyectaba el primer Curso Internacional de Criminología Crítica en un pequeño pueblo de la Selva Negra? ¿en el Río de la Plata con Roberto, Raúl, David, Luigi y Julio Maier, discutiendo de legalidad democrática después de la dictadura? ¿o en las extenuantes discusiones con Beppe, Dario, Tamar, Stany, Vincenzo e Gaetano en el intento –nosotros siempre menos convencidos y vos, Sandro, siempre igualmente entusiasta– de llevar adelante la revista? ¿o tal vez en Turín cuando intentábamos enten-

ernos con Don Ciotti? ¿o en los encuentros en Nápoles con Sergio?

Ciertamente tal vez podría, con paciencia, reconstruir la historia de esta relación y, probablemente, llegue el momento en que deberé hacerlo, pero dudo que poner orden en todo esto pueda servir mucho para dar sentido a cómo yo he participado en la aventura extraordinaria de querer a Sandro.

En ciertos casos, se dice, la primera impresión es la que vale.

Encontré por primera vez a Sandro en 1970 en Bologna, donde su amigo de los estudios juveniles en Friburgo, Franco Bricola –también él prematuramente desaparecido–, lo había invitado a realizar una conferencia para nosotros, los colaboradores de la cátedra de derecho penal. Se iniciaba en aquel entonces, en ese primer encuentro, la larga aventura científica y humana de Sandro con la escuela penalista de Bologna.

Lo que más me impresionó de ese primer contacto fue la levedad que me comunicaba su argumentación serena, que rápidamente se confundía con la levedad de su propio ser.

Nunca he encontrado una persona con mayor capacidad de liberarse de la pesantez de las cosas humanas que se le referían directamente, tan obstinadamente hábil para desdramatizar lo cotidiano, aun cuando era —o, al menos, a mí me parecía— trágico.

Recuerdo que me comunicó por teléfono su internación en el hospital para esa primera intervención quirúrgica que dio inicio al calvario de los últimos años, transmitiendo una angustia que era tan intensa como la de quien lamenta que al día siguiente le deberán extraer un diente. Y sé bien que lo hacía por una cierta consideración con respecto a mí. Hasta en los últimos tiempos, frente a mis preocupadas preguntas sobre su estado de salud, recibía una sola y obstinada respuesta: “Estoy bien, todo está bajo control”. Y así, propiamente hasta el final. En los primeros días de abril, sólo hace dos meses, estaba en Bologna para presidir una jornada de estudios, visiblemente cansado y dolorido. A la tarde lo acompañé junto con Stany al hospital, donde trabaja mi mujer que es médica y que siempre le ha tenido un gran afecto, para que se realice un control. A la espera de recibir la respuesta clínica, sin que lo interrogase, Sandro me dijo algo que me impediría en el futuro mostrar preocupación alguna frente a él. “Sabes Massimo, yo no combato para vivir de cualquier manera. Yo sólo lucho para continuar haciendo las cosas que siempre he amado hacer. Si esto fuera posible, entonces quiere decir que estoy bien y que no te debes preocupar de mí. Ahora estoy en Bologna para un congreso, mañana iré a Lecce para dar clases en mi curso de Filosofía del Derecho. Continuo haciendo lo que me interesa, por ende, estoy bien”. Luego, recibida la respuesta clínica, relativamente tranquilizante, quiso que lo lleváramos a cenar a una pequeña *trattoria* fuera de la ciudad, donde alabó a la cocinera, hablamos de música (la diferencia de ejecución entre

Ashkenazy y Pollini en los Etudes, obra 10 y obra 25 de Chopin) y de las pequeñas preocupaciones que le daba últimamente la salud de una gatita que había llevado a su casa de Saarbrücken desde Brasil.

Sandro era leve, justamente. Tal vez, porque era irremediablemente optimista (me parecía, a veces, que se comiese la vida) o porque estaba sabiamente desencantado frente a las contingencias. Quién, habiéndolo frecuentado, no recuerda su típica frase que cerraba inexorablemente cualquier animada discusión en torno a cualquier cosa que realísticamente parecía, para la mayoría, muy complicada o directamente, irresoluble: “Soy moderadamente optimista: al final todo se resolverá para mejor”. Y hoy, debo reconocer que si sus profecías eran irremediablemente desmentidas en lo inmediato, efectivamente, con el transcurso del tiempo, todo terminaba dirigiéndose en el sentido por él señalado, que con frecuencia, era sólo “su” sentido.

La amable levedad de Sandro le imponía unas rigidísimas reglas para el trato con los otros, que creo resultarían imposibles de seguir para la mayoría. Sandro siempre hablaba bien de todos. Todos —los otros—, parecía decir, eran siempre los mejores. En nuestro mundo académico, que ignoro por qué nos obstinamos en pensar unido —en su lógica feudal— por pactos entre gentilhombres, nunca he sentido a Sandro hablar mal de nadie, aun de quienes lo enfrentaban y atacaban. Y sin embargo, Sandro sabía juzgar y ciertamente diferenciaba a las personas por la consideración que le merecían. Pero nunca —desafío a cualquiera que lo haya frecuentado— externalizaba públicamente un juicio que no fuese positivo. En esto Sandro era difícil, sino de entender, de imitar.

Pero su ética en las relaciones con los otros a veces podía parecer cruel. Se podía observar en Sandro una paradoja: cuando la levedad se presenta como aparente indiferencia.

Pero era sólo aparente, una indiferencia con la que buscaba ocultarse de los otros, reservarse una emoción que el pudor no le permitía expresar.

En 1980 moría en un accidente automotor Gabriele Casella. Había sido mi primer discípulo. Luego de recibirse, le insistí para que – como otros, otros tantos de todo el mundo – se trasladase a Alemania para estudiar con Sandro. Había partido hacía pocos meses a Saarbrücken cuando, retornando en automóvil a su amada Sicilia, la muerte lo alcanzó jovensísimo en la ruta. Gabriele me había escrito varias veces contándome cuán feliz era vivir esa experiencia y cuánto Sandro lo había ayudado en su inserción en la comunidad del instituto. Y Sandro, por el otro lado, me hablaba de Gabriele como un joven dulce y sensible. Conociendo a ambos, estoy seguro de que entre Sandro y Gabriele hubiese nacido una amistad. La noticia de la muerte de Gabriele nos llegó una calurosa tarde de inicios de verano en el estudio de Bricola, a través de un llamado telefónico de Raffaele. Franco, Sandro y yo estábamos discutiendo sobre el futuro de *La Questione Criminale*. Había vientos de crisis con el editor y el cierre de la revista parecía inminente. Recuerdo que por un largo instante cayó el silencio entre nosotros. La noticia era de aquellas que invitan a suspender cualquier discusión, cualquier trabajo. La circunstancia imponía disolver la reunión. Y eso era lo que naturalmente iba a suceder... cuando Sandro dijo: “En este punto, no nos queda sino continuar trabajando”. Sin esperar más, consultando su libreta en la que había escrito algunos apuntes, desarrolló, con el rostro pálido, una larga intervención sobre aspectos organizativos y de programación de la revista. A veces, Sandro era difícil de entender.

Otras veces, Sandro parecía de “otro mundo”. Recuerdo que en el verano de 1986 estábamos en La Habana, en el marco de un con-

greso oficial, presidido por el hermano de Fidel Castro, sobre las políticas criminales en los países en vías de desarrollo, en el que estaban presentes delegaciones gubernamentales de los países latinoamericanos. Pocos meses antes, en noviembre de 1985, su amigo y discípulo colombiano, Emiro Sandoval, había muerto, junto al Presidente y a otros altos magistrados, en el asalto al Palacio de la Suprema Corte de Bogotá por parte de la aviación colombiana que se realizó para poner fin a la ocupación y secuestro de personas, y que operaba el grupo guerrillero M 19-. La sospecha de que el gobierno colombiano había aprovechado la ocasión de la ocupación del Palacio de Justicia por parte de los guerrilleros para deshacerse de una magistratura políticamente incómoda, que estaba persiguiendo a algunos miembros de las cúpulas militares por violaciones a los derechos humanos era, efectivamente, más que una sospecha. Todo terminó en una tragedia: murieron treinta y cinco guerrilleros, trece miembros de las fuerzas del orden y cuarenta y un civiles, entre los cuales se encontraban doce miembros de la Corte Suprema. Cuando le tocó a Sandro tomar la palabra para el desarrollo de su presentación, solicitó que se proyectase un video –que yo sabía que había recibido el día anterior en Ciudad de México de parte de algunos militantes del grupo M 19 que se encontraban allí exilados– en el que era posible observar el ataque al Palacio de Justicia por parte del ejército colombiano, obviamente a través del comentario político “de parte” realizado por los guerrilleros mismos. Luego de las primeras imágenes, la delegación colombiana, seguida inmediatamente por otras, abandonaron la sede del congreso. El mismo presidente tuvo que suspender la sesión. Recuerdo que Tamar y yo, que estábamos sentados juntos, temimos lo peor. Luego, todo, no sé bien cómo ni a través de qué mediaciones, se resolvió y el

incidente diplomático fue obviado. Sandro tomó la palabra, defendió la decisión de haber proyectado el video y sostuvo —de una forma tan serena como decidida— que las tesis planteadas por los miembros del M 19 eran —al menos con respecto al ataque operado por las fuerzas armadas— compatibles; se había querido aniquilar a quienes defendían los derechos humanos. Más tarde, tuve la ocasión de preguntarle acerca de las razones de aquella decisión que me parecía —y todavía hoy me parece—, más allá de cualquier otra consideración, imprudente en virtud de ser políticamente equívoca. Sandro me dio una sola y lapidaria respuesta: “Al amigo Emiro le debía todo esto”. Sandro era también así.

Era tan leve cuanto determinado. Algunas veces también obstinado. Visto desde otro punto de vista, sobre las cuestiones de fondo Sandro fue siempre, y hasta el extremo, coherente.

Escuchaba a todos, demandaba insistentemente el parecer de quien sobre la cuestión no quería expresarse y, al final, realizaba el milagro de una síntesis en la cual, si bien sobre muchas cosas —frecuentemente sobre todo— se estaba en desacuerdo, existía —no obstante y de todas maneras— un terreno de posible entendimiento, justamente el planteado por Sandro. Cuántas veces en el inicio de nuestra amistad me he enojado por esta forma de actuar... Luego, con el tiempo, conociéndolo, ni siquiera lograba ya molestarme.

Sandro encarnaba la figura del timonel. Determinado a mantener siempre y de todas maneras la ruta correcta. No sé si le gustaba este rol o lo vivía como una obligación o, simplemente, ambas cosas al mismo tiempo. Ciertamente, la nave de Sandro siempre ha navegado siguiendo mapas —muchas veces inescrutables para nosotros— diseñados por Sandro mismo. Pero siempre ha querido y luchado porque en esa nave estuviésemos todos. Y el

“todos” de Sandro frecuentemente eran personalidades e inteligencias entre sí incompatibles. Justamente, incompatibles para mí y para tantos otros, pero no para Sandro. Su incesante atravesar continentes geográficos y culturales diversos, lo enriquecía con encuentros, ocasiones, conocidos y amistades. En definitiva, todo ese vivir intensamente otros mundos se traducía en Sandro en una vasta red de oportunidades y potencialidades, afectivas y culturales. Y todas debían, en sus intenciones, embarcarse en la misma aventura. He siempre dudado profundamente si su constante propuesta de un modelo integrado de ciencia penal, que él formuló por primera vez en el primer editorial de *La Questione Criminale* y repetidamente retomado hasta el final con acentos diversos, respondía sólo a una advertida urgencia político-cultural o, también, a la necesidad —aun más evidente— de mantener juntas a todas las personas que apreciaba: penalistas dogmáticos y sociólogos, filósofos e historiadores, criminólogos positivistas y antropólogos, de forma tal que fueran todos parte de una única red de estrechos vínculos.

La materialización de esta red fue siempre su agenda. Una agenda plagada de nombres, direcciones, teléfonos, inmensa y siempre en construcción, por lo que era imposible ordenarla de una vez y para siempre. Ese cuaderno era la cosa material a la que —junto al piano, a los numerosos pianos que infaltablemente señalaban las provisorias estadías de Sandro en el mundo—, pienso, más se sentía vinculado. Era una agenda única, al final, irreproducible siquiera a través de la fotocopiadora, pues muchas notas estaban escritas con un trazo ligero de lápiz —los famosos portaminas Pilot, tan apreciados por Sandro— que con el tiempo se borraba y no aparecía en la duplicación. Cuántas veces perdió por el mundo esa agenda! Y qué aventuras para reencontrarla. Recuerdo una vez, no sé bien

en qué país de América Latina, la agenda perdida fue reencontrada a través de un anuncio personal de Sandro en la red televisiva nacional. Esa amada agenda era para Sandro la punta de todos los numerosos y embrollados ovillos de su incesante interactuar con los otros. Ignoro de cuántos hilos estaban compuestos, pero ciertamente eran innumerables, porque Sandro no cortaba jamás un hilo, no ponía nunca fin en forma definitiva a una relación, para él el discurso con el otro estaba, en el peor de los casos, sólo momentáneamente suspendido.

Sandro no soportaba las rupturas, a pesar de ser una fuente incansable de conflictos que llevaban inevitablemente también a rupturas. Cuando en el orden del día se debía decidir si se ponía fin a una colaboración que desde hacía demasiado tiempo había dejado de ser productiva, Sandro, al final, vencía a todos por cansancio. De nuevo, una vez más, esa relación no se rescindía. Por ejemplo, sacar un nombre de la lista interminable de miembros del comité científico de la revista, para Sandro era dramático. Como si eliminar un nombre de una lista significase para él perder para siempre a un amigo.

Pero, sobre todo, Sandro fue un irresistible seductor. No creo que exista persona alguna que lo haya frecuentado intensamente que no acuerde en un punto: a Sandro era difícilísimo decirle que no. O mejor: a Sandro también se le decía –en raras ocasiones– que no, pero luego, en definitiva, el compromiso ofrecido por él era aceptado. Pero todavía más frecuentemente no existía siquiera la necesidad de decir que sí: Sandro hacía que los otros propusieran aquello que deseaba. Y este hacerse presurosos intérpretes de su voluntad, aun cuando ésta no hubiese sido expresada, era el reconocimiento que nosotros, sus discípulos y colaboradores, le dábamos a su autoridad científica.

Llegará el momento oportuno para discutir con rigor sobre los méritos científicos de Sandro. Será necesario leer y releer su obra, para evaluar correctamente su herencia. Personalmente creo conocer bastante bien su producción de filósofo y sociólogo del derecho penal, que es ciertamente una parte considerable de su trayectoria científica, pero no absolutamente toda. Y posiblemente sólo en la totalidad será posible captar la originalidad y la importancia de la aventura científica y cultural de Sandro.

Pero una cosa es posible afirmar desde ahora sin temor a que sea desmentida: Sandro es ciertamente el artífice principal si no el único de un milagro. Si hoy, en Italia, en España y en la inmensa América Latina, existe una criminología que no sea, por una parte, clínica y por la otra, administrativa; sino todavía –aún cuando minoritaria– orgullosamente crítica en sentido estricto, esto es imputable al rol jugado por Sandro, sólo por Sandro. Sí, Sandro que, pienso, ha sido siempre sólo “filósofo” y que como tal coherentemente se pensaba a sí mismo –ciertamente no como penalista y menos aun como sociólogo o criminólogo– ha creado –no encuentro un verbo más apropiado– un *novum*, por primera vez ha trazado los confines posibles de algo que en la cultura latina no existía previamente.

Por un lado, una larga formación filosófica clásica que había exaltado en él la consistencia teórica de la reflexión; por el otro, una capacidad innata de dar orden y sistematización a los discursos de los otros (la proverbial atención de Sandro para escuchar y tomar lo positivo del pensamiento de los otros, todos los otros, ya fueran grandes y pequeños, famosos o desconocidos, en esto tan similar al amigo Franco) y por último, una vocación ética notable por el compromiso (siempre y de todas formas del lado de los



Theodor Adorno

excluidos, de los últimos, en la constante búsqueda de un referente, que él gustaba definir de “material” u “objetivo”, para su investigación) han hecho de Sandro –tal vez a pesar suyo y siempre inconscientemente– una suerte de profeta del pensamiento criminológico crítico.

Para entender todo esto, basta frecuentar su amada América Latina. A mediados de los años setenta, introducido por primera vez en ese contexto cultural por las traducciones de algunos de sus trabajos por parte de los fraternos amigos Roberto, Lolita, Raúl y luego, seguidamente, por tantos otros, muy rápidamente, la periferia latina del mundo se transformó para Sandro en el lugar elegido de una larga, intensa, prolífica y jamás interrumpida prédica política y científica. Desde aquella periferia, desde la desesperación de aquel universo, desde las contradicciones económicas, políticas y sociales de aquellos países, Sandro leía más claramente nuestro mundo, el Primer Mundo. Sandro amó más que ninguna otra cosa a aquel Sur del Mundo. Y aquel Sur del Mundo ha amado intensamente a

Sandro. Si todos aquellos que lo eligieron como su Maestro pueden hoy sentirse huérfanos –y yo me siento desesperadamente tal– sé, sin embargo, que por su desaparición en el otro hemisferio, otros, muchos otros, están sufriendo, atónitos, tal vez aún más.

Adiós Sandro. No, discúlpame todavía un instante. Querría que nos dejásemos con una sonrisa, con levedad, justamente. Y, sobre todo, sin retórica.

Entre las tantas virtudes que te reconozco, debo reprocharte, sin embargo, un vicio: la distracción –entre los amigos de todo el mundo unánimemente definida como proverbial. En 1984 en Medellín, Colombia, te presté mi corbata porque sin que lo supieras y de improviso, habían decidido nombrarte ciudadano honorario y no habías metido en la valija –yendo al Caribe– un traje apropiado para una circunstancia tan formal. Te acuerdas Julia? Nos arreglamos como pudimos y mi corbata completó tu figura. Te salvó la buena suerte y una espléndida corbata azul. Sandro, hace dieciocho años que espero pacientemente que me la devuelvas. ✽